

Voces Críticas. 50 años de intervención escritural¹

Romina Pistacchio Hernández
Universidad de Chile
romina.pistacchio@uchile.cl

*El exilio nos dio una especie de condición de archipiélagos,
de islas diseminadas
en territorios difíciles de cruzar para el contacto directo.
De esto sale la necesidad de establecer otras rutas,
buscar otros caminos para la comunicación*

Carta de Guillermo Deisler a Soledad Bianchi,
ambos en el exilio²

Las investigaciones que han dedicado esfuerzos y páginas a (re)pensar y analizar la producción cultural del Chile previo al golpe de estado civil-militar y la posterior a esos devastadores eventos, coinciden, sin duda alguna, en identificar en ellas la profunda marca de la experiencia del exilio. Y no solo en aquellas que se gestaron padeciendo el destierro sino también en las que, en el escenario de proscripción y censura que se vivía en el “insilio”,³ pudieron ser conocidas y visibilizadas a través de los medios y redes que articularon y consolidaron las comunidades culturales e intelectuales fuera de Chile.

A partir de esta invitación a reflexionar y reconsiderar los efectos de la historia vivida a cincuenta años del golpe civil-militar, decidimos en este apunte, profundizar en uno de los aspectos de la investigación que iniciamos ya hace cuatro años y cuyo objeto de estudio son los proyectos intelectuales de mujeres estudiosas y críti-

1 Este trabajo es parte de la investigación Fondecyt Iniciación 2023 n° 11230144, titulado “Escrituras Críticas De Mujeres En Chile. Pizarro, Invernizzi, Valdés. Labrando El Inhóspito Territorio”.

2 Bianchi, Soledad: “Viajes de ida y vuelta: poetas chilenos en Europa (Un panorama)” en *Libro de Lectura(s). Poesías, poetas, poéticas*. Santiago, USACH, 2013: 141-166.

3 En 2010 Naín Nómez se refiere a este concepto de “insilio”, como la expresión de la producción dentro de Chile bajo la dictadura militar, pero a la vez introduce una necesaria articulación entre el estar afuera y estar dentro, inclusive en el discurso poético de distintos creadores y creadoras. En este sentido, esta dicotomía aparente representaría una oposición a la vez que una integración, a la que, por su parte, Soledad Bianchi denominará expresiones del Chile territorial y del Chile disgregado (146).

cas literarias que comienzan su formación a fines de los sesenta y principios de los setenta, y consolidan sus proyectos investigativos-escriturales entre mediados de los noventa y definitivamente desde los dos mil. Este aspecto en el que ahondaremos es, precisamente ese destierro material y simbólico que (muchas) padecieron y que, ineludiblemente, modificó sus experiencias vitales y esos proyectos que desde antes del momento de la salida, incluso, tuvieron que transformar.

Las autoras que investigamos son estudiosas de la literatura y críticas académicas. Algunas se autodenominan ‘trabajadoras de la cultura’, son críticas literarias. También algunas se posicionan como feministas, otras como aliadas, otras como críticas literarias feministas y otras como críticas de la producción artística, a secas. Durante el proceso de investigación, uno de los hallazgos más significativos que hemos probado, no corresponde a la hipótesis inaugural del trabajo, sino que surge enfrentándonos a las aporías y preguntas que comenzaron a abrirse al examinar este “fenómeno complejo” que es el de la composición de formaciones (Williams), que deriva, a posteriori, en la conformación de un campo.

Como he confirmado en mis estudios sobre las trayectorias de la crítica y la historiografía literaria en América Latina, este es un escollo que surge al enfrentar la difícil tarea de diseñar sistemas para dar a conocer nuestra realidad artística como producción y construcción cultural.

Afortunadamente, Antonio Cornejo Polar, nos entrega una clave, enfrentadas al problema de describir la forma y funcionamiento de esta “formación” dentro del campo de los estudios literarios en Chile y nos permite señalar que estaríamos frente a una formación como *totalidad heterogénea* –una modalidad de su totalidad contradictoria (Cornejo Polar)–, es decir una formación caracterizada por ciertas y variadas similitudes y regularidades, pero que exhibe y manifiesta sus profundas particularidades y diferencias.⁴ En este sentido, el estudio sobre el trabajo y las trayectorias de este conjunto de mujeres no podía reducirse a identificarlo y analizarlo como un conjunto generacional, ni tampoco como un grupo identitario subalterno o subordinado, en cualquiera de sus aristas interseccionales. Al contrario, para dar cuenta del fenómeno de la composición de una “formación” en construcción, debíamos mirar precisamente esa totalidad heterogénea, dónde se encontraban esas afinidades y parecidos, y dónde se fijaban sus disparidades y singularidades.

4 En tanto es permanentemente acechada por la exigencia de posicionarse dada la condición sexogénica, su condición (post-neocolonial) y, aunque en una medida problemática, por la cuestión de clase, que constituye a sus enunciantes, o voces enunciativas.

Así, decidimos que para comprender sus programas era decisivo revisar la forma y el fondo de la construcción y funcionamiento de sus discursos y la manera en que se constituían como voces enunciativas. Se hacía imperativo, para ello, hurgar en la escena socio-histórica y cultural, para identificar las condiciones de posibilidad que se habrían ofrecido a todas esas subjetividades para construirse discursivamente y constituirse a posteriori como voces autorizadas. Por otra parte, primordial se hacía también, husmear e indagar, en las historias –con minúscula–, en sus trayectorias personales e íntimas y determinar cuáles habían sido las posibilidades individuales y cómo habían logrado construir sus voces en ese escenario común. En definitiva, y honrando el consejo de muchas intelectuales feministas, decidimos buscar en “la historia”, pero también escuchar y conocer, el tejido que, con las suyas propias, se trenzaba.

De este modo, para poder pensar en esas condiciones de posibilidad que permiten construir y desarrollar proyectos críticos era necesario conocer el mapa total, esa amplia y compleja cuadrícula que compone el paisaje que debiese contribuir, facilitar u obstaculizar la constitución y concurso de discursos teórico-críticos, y luego, su continuación o reproducción. Ese panorama general de Chile, en el que habrían vivido las autoras-voce-críticas que estudiamos, se localizaría temporalmente en los años sesenta, durante su juventud, momento en el cual se habrían desarrollado acontecimientos políticos y socio-culturales altamente significativos. Pero también, para explicar la genealogía de su ingreso al campo –cultural– literario nacional, se hacía urgente identificar y registrar aquellos eventos que, como antecedentes, habrían gatillado y provocado ese escenario. Por un lado, el pináculo del trayecto reformista/desarrollista iniciado en la década del 30 del S.XX, y, por otro, el momento de alta tensión político/social que, precisamente, ese proyecto reformista había estado preparando y conteniendo, durante esa primera mitad del siglo. Nos referimos al periodo de la Unidad Popular.

Nos dimos cuenta de que era innegable que, en esa escena precisa de la historia de nuestro país, habrían ocurrido una serie de fenómenos, en un territorio (cultural) específico, que habría facilitado el encuentro de ese conjunto de cuerpos, progresiva y cada vez menos ausentes de la escena de lo público. En esta fase de nuestro proyecto, se incluye la pregunta por ese ingreso de las mujeres al ámbito de lo público, de “la cultura”,⁵ al territorio específico de las humanidades

5 Entrecomillamos la palabra cultura queriendo destacar que ese ingreso implica el transgredir el espacio que le ha infligido a las mujeres el mandato social patriarcal, el de la “naturaleza”, y cuyo magistral ejercicio de deconstrucción, ejecutado por Simone de Beauvoir, tanto nos ha permitido ver. Vid. *El Segundo Sexo*, 2017.

y, particularmente del estudio literario, y gracias a los estudios y aportes de todas las investigadoras⁶ pudimos generar esa genealogía o mapa histórico de lo que identificamos como los precisos y específicos “espacios de ingreso” que lo habrían históricamente facilitado.

Para definir estos territorios, cuyo atributo fundamental es ser espacios de altas tensiones políticas, éticas y estéticas, utilizamos el elocuente término que ofrece Mary Louise Pratt para describir los que llama (des)encuentros coloniales. Estos espacios de ingreso, o como ella las nombra, “zonas de contacto”, como lugares privilegiados de interacción socio-cultural y epistemológica, constituyen espacios materiales, simbólicos y discursivos en los que se actualiza un (des)encuentro cultural fuertemente atravesado por relaciones de verticalidad. Son territorios que habrían permitido el intercambio, apropiación, modulación y/o resistencia de un lenguaje.⁷ Otros elementos fundamentales de estas zonas de contacto será el hecho de que se tejen a partir de redes, redes discursivas, pero también tramas de contactos o asociatividades⁸ que se articulan, comunican, debaten y se legitiman a través de dispositivos o aparatos de difusión pública como lo son las revistas.⁹

6 Los textos de Claudia Montero, Beatriz Sarlo y Darcie Doll, entre otras, nos han permitido delinear el itinerario de ese desplazamiento de las mujeres desde el espacio del domus/domicilio de lo privado, al ámbito de las escrituras públicas y, en el caso de las investigaciones de Doll, en específico, al de la crítica literaria.

7 “Dentro del proceso histórico que estamos describiendo, en esas “zonas de contacto” distinguimos algunos elementos que identificamos como facilitadores de la experiencia de acceso a esas zonas, los que llamamos catalizadores de la experiencia, dispositivos que, gatillan, permiten, facilitan, la posibilidad de experimentarlas. El habitus de clase marcado por el patrimonio familiar y la educación escolar de élite, y los agentes figuras domiciliarias/familiares que, actuando desde la educación informal, facilitan un proceso de aprendizaje de los códigos y contenidos que median un intercambio productivo entre la cultura dominante, las residuales y emergentes y en general cumplen labores de profesores y artistas”. Vid. Pistacchio, Romina. <https://revistaathesis.uc.cl/index.php/RAIT/article/view/50205/51529>

8 Nos interesa, en este sentido, las conclusiones de la Profesora Cabello-Hutt quien describe una forma de asociatividad que identifica funcionando desde la primera mitad del siglo XX. Ciertas redes transnacionales e incluso transatlánticas “mayormente ignoradas por la crítica y la historiografía patriarcal y heteronormativa que, al negar su sexualidad, sus modos alternativos de asociatividad han malinterpretado a estas mujeres como solteras, solas, excéntricas o, incluso, como no existentes” (149). Estas conexiones configurarían un campo cultural alternativo constituido por mujeres que viven a contrapelo de los mandatos sociales impuestos sobre ellas en ‘modo queer’, que define como “el resultado de temporalidades extrañas, esquemas de vida imaginativos, y prácticas económicas excéntricas” (148-149).

9 Las revistas han sido ampliamente analizadas como aparatos de legitimación, conexión y debate. Para el caso de las publicaciones a cargo de mujeres o grupos de mujeres, Claudia Montero ha desarrollado una amplia y profunda investigación que le permite establecer que esos dispositivos de difusión, reunión y acoplamiento de voces constituyeron un instrumento fundamental y fundacional en el ingreso de las

Las zonas de contacto

A partir de la lectura de una serie de investigaciones de intelectuales que desde hace al menos veinte años han trabajado e indagado en las historias y las formas en que las mujeres han hecho parte del campo cultural chileno, es que en este proyecto hemos podido ir delineando una cartografía que da cuenta del proceso histórico que han experimentado esas “zonas de contacto”. De este modo, para Darcie Doll, en Chile, el origen de ingreso de las mujeres a un incipiente campo cultural habría ocurrido a fines del siglo XIX y principios del XX en los “salones”. Ellos se habrían abierto para las mujeres como la primera posibilidad “de decir” sobre literatura, y se habrían constituido como espacio de transición entre el territorio de lo privado y lo público aún en tiempos en que se negaba la ciudadanía, sin embargo, dado sus atributos y carácter liminal, permitía cierto relajo respecto a las posiciones que asumir y el decir (Doll).

El siguiente momento en el que se despliega un espacio para el encuentro entre las mujeres y el habla y el debate público sobre la literatura, tendría lugar una vez iniciada la segunda modernidad en las repúblicas latinoamericanas (Rojo) en las décadas del 20 y 30 del siglo XX. En el contexto histórico del inicio del proceso de integración de las clases medias que implicará el ingreso de productores y productoras que no provenían de la oligarquía, las “tertulias literarias” se convierten en espacio de democratización de la cultura. Junto a los nuevos dispositivos de difusión (revistas, sobre todo) constituyen un lugar de comunidad en los que “se fijará una posición de enunciación un “hablar en voz alta””.¹⁰ Asimismo, permitirá que las demandas y reivindicaciones de las mujeres, ya propiamente reunidas en torno a los feminismos, elaboren nuevas estrategias de intervención en la arena socio-cultural.

Para el caso específico de las autoras que estamos investigando,¹¹ y que experimentaron el intenso escenario social y cultural de fines de los sesenta y principios de los setenta, identificamos y delimitamos una zona de contacto que, en ese contexto, y a lo largo del siglo XX, se fue consolidando como un territorio

escrituras hechas por mujeres y de las escrituras feministas dentro del campo cultural chileno desde el siglo XIX.

10 Véase Pistacchio, Romina, “Cartografía de una intromisión imprescindible. El proceso de ingreso de mujeres al campo cultural y literario chileno desde los años 60” *AISTHESIS* N° 73 (2023): 214-236.

11 Los casos cubiertos y terminados hasta ahora por la investigación recopilan las experiencias y análisis de los proyectos de Soledad Bianchi y Raquel Olea. Sobre sus experiencias versarán nuestros ejemplos y ciertas conclusiones.

de alta riqueza cultural y de una diversidad social amplia, más que en ningún otro momento de la historia. Nos referimos a la zona de contacto de “la universidad pública”. Como plantea Subercaseaux en su *Historia de las ideas y de la cultura en Chile*, durante el siglo XX la asociación robusta y continua entre estado y universidad –la Universidad de Chile pero también otras– se transforma en una alianza virtuosa y estratégica tanto para la democratización de la cultura como para el proceso de construcción de una democracia cultural (Subercaseaux). Esta habría permitido la modernización de la cultura, un proceso por el cual se circula, difunde la ‘alta cultura’ (occidental, metropolitana, dominante y emergente), pero también se crea y se entrecruzan experiencias y tradiciones “lo que contribuyó a desplazamientos en el tejido cultural y simbólico. Los espectadores (sean jóvenes, obreros, estudiantes, creadores o mujeres) se abrieron así paso a nuevas subjetividades e imaginarios, y a nuevos modos de habitar y ser en el mundo [...]” (131).

El impacto que hasta ese momento tuvo el proceso de democratización de la educación superior en la posibilidad de ingreso de las mujeres a la escena laboral, profesional y, en este caso, al campo cultural y de las humanidades, es bastante indiscutible,¹² y, al mismo tiempo, nos permite identificar algunas de las fórmulas necesarias de su acceso a la “ciudad letrada”, pues es innegable también que esa entrada implica:

modos de posicionamiento [...] sostenida [os] por el “adentro” –por la construcción de su propia subjetividad– como por el “afuera” –por el campo que las construye, acepta y legitima–, [y que] delinearán sus formas de decir, sus relaciones con el “mundo del pensamiento”, el lugar que sus discursos ocupan en el campo, e incluso con sus maneras de fabricar “una performance” de su propia experiencia vital. Así, la construcción de una voz enunciativa singular se verá intervenida por las posibilidades que confiere el campo y sus agentes (medios, críticos, editoriales, academia (Pistacchio 229).

Estos procedimientos que hemos llamado “fórmulas de ingreso” (Pistacchio, “Construcción del lugar...”), y, en particular, la que permite acceder al campo de las humanidades y de los estudios literarios, ha sido señalada como la “estrategia de masculinización”.¹³ Así, de este modo entonces, la universidad “ofrece” el espacio

12 Para revisar en profundidad los argumentos de la trayectoria del aumento del ingreso de mujeres a la educación superior y cómo ese aumento fue progresivo desde la tercera década del siglo XX y su más alto índice hasta el primer quinquenio de los setenta.

13 No es posible profundizar aquí acerca de las “estrategias de ingreso” de las mujeres y sus escrituras y voces al campo de la cultura, las humanidades y, particularmente, al de los estudios literarios. Lo hemos

para quienes, pertrechadas del patrimonio simbólico de su habitus de clase, accedan –no sin dificultades diversas– a un lenguaje específico y especializado y, desde allí, pudiesen sentar las bases de una voz enunciativa propia.

Una vez “admitidas” en el territorio gramatical de la academia, estas estudiantes de pedagogía en castellano, que no necesariamente aspiraban al destino docente, se verán expuestas también a la escena de los avatares de la nuestra historia reciente. En sus testimonios¹⁴ sus trayectorias se encuentran en la ruptura que causa el once de septiembre de 1973:

[...] Pero vino el golpe, vino el golpe y todo se detuvo y cambió brusca y violentamente [...] no había hecho ni tesis ni me había titulado, o sea me quedé con mis estudios incompletos porque se suspendió todo y yo en ese tiempo era pareja de Federico Schopf, profesor de la Facultad. Él era comunista y se fue al exilio muy pronto después del golpe [...] Y después, a finales de diciembre del año 73, yo me fui también a Alemania (Entrevista a Raquel Olea. PP. Parte I).

Cuando dieron el golpe fue importante/impactante para todos enfrentarlo, porque nos cambió la vida, no solo porque perdimos los trabajos o por la persecución, sino que también porque el enfoque del modo de mirar la realidad cambia. Fue algo brutal que nos dio vuelta, no solo la cabeza, sino todo (Entrevista a Soledad Bianchi. PP. Parte I).

hecho en el artículo citado en este texto. Pensamos eso sí que es necesario dejar registro aquí que esta categoría proviene de una síntesis que realiza Ana Traverso en su texto “Ser mujer y escribir en Chile» (2014), y también dejar una escueta caracterización de la fórmula específica que, para el caso de nuestras autoras, es el de la masculinización: “un dispositivo que, cual imposición proveniente desde el afuera, del campo cultural y sus agentes, funciona como mecanismo de control que, aduciendo la semejanza de esa escritura a los códigos aceptados y normas definidas, autoriza la entrada, “acepta” esa práctica escritural, siempre y cuando borre su sexo biológico, su identidad de género y se haga parte del androcentrismo gramatical” (230).

14 Para realizar este proyecto se han realizado una serie de entrevistas exclusivas a las autoras que informan el proceso de análisis y escritura de los artículos que componen el proyecto. Estas han sido publicadas en versiones resumidas y editadas en la revista Palabra Pública de la Universidad de Chile (digital). Dejamos los URL para su revisión. Vid. <https://palabrapublica.uchile.cl/voces-criticas-trabajadoras-de-escrituras-literarias/>

El cuarto espacio

A Soledad Bianchi y Raquel Olea el destierro las encuentra sin haber acabado sus procesos de formación y, como efecto de ello, las empuja a aplazar sus escrituras, sus voces, sus proyectos críticos. Bianchi estaba en medio de su doctorado en el Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile¹⁵ y, como relata Olea, ni siquiera alcanzó a iniciar su proceso como tesista de pregrado.

Para quienes han profundizado en el estudio sobre el exilio y la construcción de comunidad intelectual en esas circunstancias, coinciden en identificar entre sus propiedades fundamentales, por ejemplo, aquellas que la delimitan a partir de la naturaleza de su propósito. En este sentido, se trató de una estrategia de destrucción del tejido cultural y, por supuesto, del tejido comunitario de la izquierda que apoyaba a la Unidad Popular, pero, además, constituyó un dispositivo de desarticulación política e ideológica exitosa y de efectivo impacto. Como indica el texto de Oñate, Wright, et al., a casi un año y medio del golpe, la dictadura habría comenzado un estricto plan de expulsión y reducción de la población cautiva en centros de reclusión “alcanzando a los dirigentes medios, a militantes de bajo perfil, a trabajadores, periodistas, intelectuales y estudiantes cuyo crimen había sido tener ideas progresistas y, en ciertos casos, haber pertenecido a organizaciones políticas legales” (10). En este sentido, también: “el exilio formó parte de esta operatoria de desmembramiento del cuerpo social y los que lo padecieron tuvieron que inventarse un habla que pudiera expresar lo inenarrable [...]” (Zamorano 5).

Por otro lado, la experiencia del destierro se reconoce como una altamente heterogénea y multidimensional (Oñate, Wright, et al. 12), pues habría afectado a personas de todas las edades, de todas las identidades sexuales y sexo-géneros, habitantes de todas las diversas regiones de Chile y con distintos oficios y profesiones, y, sin embargo, también se constituye en una instancia donde se reconocen vivencias comunes y se cruzan prácticas de reunión y resistencia: “el exilio implica pluralidad, lo que significa que cada experiencia es personal e intransferible, cada exilio es único y singular, y no obstante, aún en este mar de diferencias, es posible encontrar algunos elementos compartidos entre los exiliados [...]” (Ávila 13).

En el caso del campo cultural chileno, esa estrategia, el plan de desarticulación y disgregación incrustada en la lógica de la desterritorialización, surtirá un efecto

15 Para profundizar en este periodo de la formación de la Profesora Bianchi. Vid. Pistacchio, Romina. “Construcción del lugar de enunciación e intervención transformadora del campo de la crítica y de los estudios literarios en Chile. Soledad Bianchi: Mapear la heterogeneidad de las escrituras chilenas”. (Artículo aceptado e inédito). *Revista Chilena de Literatura*, Santiago.

“inesperado” o paradójico respecto de los fines calculados. Provocará, precisamente, aquello que Deisler confesara a Bianchi desde Bulgaria en su carta: “la necesidad de establecer otras rutas” y vencer el aislamiento (143) al que se esperaba sentenciar a sus agentes, instituciones, formaciones e instrumentos de legitimación. De este modo, a medida que la instalación comienza a estabilizarse y las conexiones a activarse, esta red cultural en composición:

pondrá en contacto al unísono [con] tres núcleos intelectuales y artísticos fuertemente relacionados y vinculados de uno u otro modo a la resistencia antidictatorial. En primer lugar, con el campo artístico, académico e intelectual internacional, a través de la cooperación y acogida europea institucional e informal [...]. Por otro lado, con el campo intelectual transitorio y móvil de la comunidad de las y los exiliadas/os chilenas/os en Europa; y, finalmente, con el de la resistencia chilena en Chile (12).

En este mismo ámbito, el del colectivo diverso que insiste en re-conectarse, se produce otro paradójico resultado del destierro, reconocido por sus estudiosxs, y relacionado a la experiencia de vivir en sociedades en que los cambios culturales desafiaban los usos y prácticas que habían conocido y vivido lxs chilenxs. Se trata de un fenómeno que afecta a núcleos familiares de diversa configuración y de distinta clase social:

El exilio fue además un motor muy efectivo de cambio social. Y no solo porque funcionó como vehículo de transmisión de la cultura, sino también porque desarrolló un cambio drástico hacia el interior de las familias. A juicio de los propios protagonistas del exilio, ese cambio ocurrió en la relación entre los sexos y constituyó, de manera simplificada, una especie de liberación femenina (Oñate, Wright, et al. 14).

La exposición a un nuevo set de experiencias y reglas, de formas de relacionarse, unido al hecho de que enfrentarse a una situación en la que desaparecen las redes familiares y el patrimonio económico que ellas pudiesen proveer, empuja a las mujeres a ocupar otros espacios vitales, especialmente los laborales. La urgencias económicas y cotidianas hicieron que también fueran las primeras en aprender el idioma, así como las que, frente a la total incertidumbre del regreso, decidieran vivir lo que exigía el día y la situación real en la que se encontraban. De este modo, comienzan a cuestionarse en la reflexión, pero también en la vida concreta, las formas aprendidas “en casa” y así la transformación de los roles o mandatos de género se incorpora también a los distintos ámbitos de la experiencia de la extranjería.

En esta línea, las conclusiones de Loreto Rebolledo son elocuentes, pues aportan datos que serán importantes para comenzar a caracterizar este nuevo cuarto “espacio de ingreso”, o la cuarta “zona de contacto”. Se trata de los procesos que experimentan las mujeres con formación universitaria, y de la vivencia de la segunda ola feminista en Europa y Estados Unidos:¹⁶

Otro nudo que convoca la memoria de mujeres estudiantes universitarias y profesionales es que el exilio fue un espacio y un tiempo en el cual tuvieron mayores oportunidades de ser ellas mismas, tomar decisiones sobre qué hacer y cómo organizar sus vidas. Esto gracias a los logros obtenidos por las feministas en los países del primer mundo y, en el caso de aquellas que se quedaron en Latinoamérica y otros países del tercer mundo por las ventajas que representaba el no contar con el control social de la familia. El exilio para las mujeres de clase media, especialmente para aquellas con formación superior, representa una posibilidad de autonomía y de avanzar en un proceso de individuación (Rebolledo 6).

Por su parte, en el campo específico de la crítica académica y de los estudios literarios, lxs profesionales de la letra, participan enérgicamente del nuevo colectivo (re)conectado, reactivan y cruzan redes amicales, universitarias y familiares, y de paso, materializan una aspiración teórica que en la posterioridad se convertirá en un deseado propósito de los estudios en humanidades y ciencias sociales. Nos referimos a la tan mentada e indispensable transdisciplinariedad.¹⁷

16 En el texto de Marina Franco, “El exilio como espacio de transformaciones de género”, que analiza la experiencia de mujeres argentinas exiliadas en Francia, profundiza en este fenómeno y concluye que a través de las reflexiones de las mujeres tanto sobre su rol militante, así como en relaciones y vínculos de pareja, comienzan a conectarlas con las transformaciones socio-culturales disponibles en su nueva escena vital, y, de esta forma, se acercaron al feminismo y a los derechos humanos como espacios claves de redefinición de su participación y, en definitiva, de sus identidades y subjetividad.

17 Según Rubí Carreño –y nosotras estamos muy de acuerdo con ello–, en varios sentidos la crítica literaria chilena en el exilio se convirtió en un dispositivo de importante innovación teórica, incluso adelantándose –o al menos yendo en paralelo– a las realizadas por la vanguardia de los centros de pensamiento contemporáneos. Compartimos asimismo su argumento que dice que la razón de esto sería la emergencia de abrirse y arriesgarse a pensar y tratar ciertos temas o abordar ciertas discusiones, referidas por ejemplo, a los límites de los campos disciplinares o de los géneros ficcionales (eg. el testimonio, sobre todo). Es el caso de lo que señalamos. La necesidad y urgencia de trabajar y actuar como colectivo, en forma mancomunada desde distintos flancos, permitió que el resultado de esas tareas se hiciera y tuviera un carácter inter o transdisciplinar. En este mismo sentido, y para destacar la labor renovadora de Soledad Bianchi, para Carreño su trabajo se instala como un gran aporte en la investigación que cruza poesía y música, al desarrollar significativos trabajos sobre, Isabel Parra, Los Jaivas, Mauricio Redolés, entre otros.

En un ilustrador artículo publicado en 2009, Rubí Carreño sentencia que, en definitiva, el colectivo diverso del destierro habría conseguido edificar una comunidad amplia en la que intervinieron y colaboraron exiliados, intelectuales, críticxs, artistas, cientistas sociales de todo el mundo. Asimismo, señala algo que, para el propósito de nuestra investigación y el análisis de los casos de las mujeres críticas, se vuelve altamente significativo, pues reconocemos en esos aportes de la crítica literaria chilena, la imprescindible acción y contribución de Soledad Bianchi y Raquel Olea. Para Carreño, tres son los aportes:

[...] haber logrado construir un proyecto crítico tanto político como estético que respondiera a la dictadura y a la situación de exilio otorgando medios de expresión y congregación a las colectividades disidentes dentro y fuera de Chile, así como con los intelectuales progresistas del mundo”. “Inaugurar temas de investigación que fueron muy relevantes para las décadas posteriores; el más importante que lograron instalar como línea de investigación válida a nivel internacional la narrativa chilena, sobre todo la reciente”. y “Establecer [ieron] redes profesionales de apoyo para los que estaban viviendo en el exilio. una red colaborativa en torno a la ideología de esta magnitud solo se ha visto, me parece, en la crítica feminista (132).

En este mismo análisis la investigadora reconoce dos dispositivos innegables y esenciales tanto para la generación de la comunidad, así como para su reproducción, sostenimiento y trascendencia. Se trata de los congresos¹⁸ y las revistas, estas

18 Estos congresos representaron el evento material y visible de estas configuraciones virtuales repartidas por Europa y Norteamérica. En el artículo que escribimos sobre la experiencia de Soledad Bianchi, exponemos una pincelada de lo que ellos, en definitiva, encarnaron: “Existen varias comunidades más o menos formales e institucionales en la experiencia del exilio chileno en Europa. No es nuestra intención exponer el mapa de esta red, sino exhibir algunos de los [sus] núcleos [...]. Identificamos, por ejemplo, un foco importantísimo vinculado a las redes académicas y editoriales [...]. Uno de relevancia, el Instituto del Nuevo Chile dirigido por Jorge Arrate, tendrá su sede emplazada en Rotterdam. A través de esta institución, fundada en 1977 en el contexto de la colaboración de los Países Bajos a la circulación y conexión de las ideas políticas de los y las chilenas en el exilio, Soledad Bianchi publica su fundamental *Entre la lluvia y el Arcoiris*, así como también otros artículos parte de su primera camada escritural crítica. [...] El caso del Instituto para el Nuevo Chile, de Mariana Perry. Otro espacio de articulación en el exilio, pero emplazados en territorio nacional, lo constituyó CENECA (El Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística). [...] Este “fue uno de los más importantes centros de estudio de la sociedad y cultura chilenas del último cuarto del siglo XX. El referente de la investigación sobre temas de industria cultural, cultura de masas y sociedad contemporánea. Bajo sus dependencias desarrollaron y publicaron sus trabajos académicos como: Carlos Catalán, Giselle Munizaga, María de la Luz Hurtado, Manuel Jofré, Juan Pablo González, Anny Rivera, Rodrigo Torres, Valerio Fuenzalida, Bernardo Subercaseaux y, su última presidenta, María Elena Hermosilla” (Pistacchio 13).

últimas representadas paradigmáticamente por *Araucaria* y *Revista de Literatura Chilena en el exilio*. En general, en el proceso de configuración de campos en América Latina y en nuestro país, las revistas “extienden materialmente los puentes entre los intelectuales. Se transforman en el terreno que permite abrir las fronteras nacionales, crear sub-comunidades, compromisos, lealtades y también construir las trincheras para disputar la hegemonía discursiva e interpretativa” (Pistacchio 26). En el contexto específico del exilio chileno, según César Zamorano:

Las revistas fueron capaces de canalizar formas diversas de resistencia que se establecieron a través de la producción cultural y política, impedidas en el interior del país [...] Cada una de estas publicaciones fueron intentos colectivos de expresión de chilenos esparcidos por el mundo, que vieron en las revistas la posibilidad de reconstruir sus propias conformaciones previas, políticas, estéticas y sociales (114).

En este sentido, además de convertirse en una de las bases, piedras angulares y resortes del colectivo disgregado, las revistas como dispositivos de aglomeración, difusión, circulación, legitimación, se transforman en instrumentos de consolidación de un campo de los estudios sobre literatura chilena y de visibilización de la producción del insilio.

Todos estos elementos expuesto nos hacen concluir y poder aseverar que nos encontramos frente a lo que hemos identificado y caracterizado como una “zona de contacto” facilitadora del ingreso de las escrituras públicas y las voces enunciativas de la generación de mujeres que inician su formación académica a fines de los sesenta y principios de los setentas. Esta cuarta zona de contacto, el exilio, se constituye ominosamente como un no-lugar, un terreno móvil, inestable e incluso indeseable, que a la vez genera y consolida un tipo de asociatividad sin la cual no puede comprenderse ni el devenir ni la actualidad del campo literario y cultural chileno.

Como hemos visto el exilio efectivamente se convierte en esa malla de interconexiones. Un espacio de actividad continua y conmoción en el que se observan y comienzan a experimentar nuevas formas de vida que permiten a lxs sujetos volver a pensar(se) en su roles y participación social, política y afectiva.

El carácter de zona de contacto del exilio, por lo tanto, está dado por tres elementos que lo configuran y que, precisamente coincide con las experiencias de los casos de estudio que hemos examinado. Si bien no es posible aquí profundizar latamente en las experiencias de las críticas, compartiremos algunas de las conclusiones que hemos elaborado para que, con justicia, podamos comprender

la pertinencia de la categoría de “zona de contacto” y por qué lo es, bajo estas condiciones, el exilio.

En primer término, el hecho de la que “zona exilio” se construya como una red de contactos, una trama discursiva y un tejido comunitario que permite, en el caso específico de las críticas literarias, retomar y reconfigurar un proyecto intelectual suspendido. En segundo lugar, el que esa experiencia mediara en el que estas estudiantes se vieran compelidas a elaborar un habla propia, fabricar su voz enunciativa y posicionarla en el espacio público. Finalmente, el hecho de que esa comunidad disgregada y unida en el hecho del destierro, efectivamente, se configura como un territorio de permanente disputa de poderes y tensión ética, estética y política.

Soledad Bianchi, debe dejar Chile en momentos en que se encuentra estudiando su doctorado en el Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile y bajo la guía de Cedomil Goic. Al llegar a París y comenzar a escribir su tesis sobre Puig con Saúl Yurkievic, comienza un periplo marcado por su militancia política que le abre una puerta a una experiencia de vital importancia. Esta es la de la Revista Araucaria. Su trabajo en una de las publicaciones más significativas del exilio chileno, le permite ponerse en contacto no solo con los núcleos de la comunidad intelectual chilena disgregada en Europa, sino también con una cantidad abismante de creadorxs y artistas que le enviaban sus textos para ser publicados (Contreras et. al. 2017). En esa posición es capaz de convertirse en una mediadora de lectorías, una recopiladora y archivera del patrimonio diseminado y del que no tenía posibilidades de ser conocido dadas las condiciones de censura en Chile. Por otra parte, esta posibilidad también la faculta para realizar uno de los aportes señalado por Carreño, ser un instrumento de la internacionalización no solo de la literatura chilena, sino del estudio de la poesía, abrir las puertas a la reflexión sobre la memoria, y dar a conocer a uno de los grandes escritores que emergió desde la “generación dispersa”: Roberto Bolaño: “Todos estos ejercicios le permitirán “aparecer” a su escritura, condición fundamental para integrar la estructura de relaciones del campo, es decir, ser parte del engranaje constituido por los agentes, modos de producción y redes de circulación” (Pistacchio 13).

Por otro lado, esta experiencia le seguirá permitiendo ampliar la red y a la vez ir construyendo una voz propia. Esto último, de la mano de su labor de recopiladora, le permite pensar un proyecto en el que la crítica –su voz– se convierte en una herramienta para dejar hablar las textualidades por sí mismas. Sus textos, precisamente, dan cuenta de esta elección. La memoria, modelo para armar, es un fiel reflejo de ella. Finalmente, después de más de diez años de destierro, las consecuencias de la participación en esta trama de discursos se traducen en un gesto de reparación

adoptado por quien habría sido su profesora ayudante, y luego de su retorno, su amiga, Lucía Invernizzi. Su regreso a Chile como exonerada reintegrada a la academia nacional, en el Departamento de Literatura de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile.¹⁹

Raquel Olea, en cambio, experimenta de forma distinta su zona de contacto. Una vez ubicada en el exilio, en Frankfurt, sin conocer el idioma, debe iniciar los trámites para poder iniciar su doctorado. Según recuerda, ese periodo fue de mucha soledad y mucha tristeza.²⁰ Vivía en un área donde no residían chilenxs. Su pareja trabajaba en la Universidad y ella debía dedicarse a los cuidados de la casa. El hecho de realizar sus estudios de postgrado le permitirá, efectivamente, sellar el cierre de su paso por la “ciudad letrada”. Se apropia del lenguaje del padre, y cierra ese proceso, por medio de una tesis –de la cual no da detalles– que elocuentemente versa sobre la obra de Ernesto Cardenal. Sin embargo, a pesar de que cumple en ese espacio extranjero con el rito de la trayectoria académica, su experiencia de la zona de ingreso se despliega de otro modo:

El feminismo pasó primero en mí por la experiencia personal y por ser mujer exiliada. Teniendo mis hijos allá, tuve un cuestionamiento tremendo a la vida privada, la formación de las mujeres, el sentido de la existencia, al enfrentar una vida de la que yo no tenía ninguna experiencia: cómo criar hijos, mantener una convivencia con un hombre; llevar todo lo que era la vida doméstica y además estudiar. Ese aprendizaje, en experiencia de exilio, fue un shock (Raquel Olea, Entrevista publicada en *Palabra pública*).

Lo que vive Raquel Olea en el exilio es precisamente ese fenómeno de transformación cultural que exuda feminismo,²¹ pero que ella no convierte en patrimonio

19 Para profundizar y verificar la crónica que aquí se despliega, indicamos aquí las fuentes que son productos de nuestra propia investigación. Las entrevistas exclusivas realizadas a Soledad Bianchi para este trabajo y publicadas en *Palabra Pública* y el artículo crítico que próximamente publicará *Revista Chilena de Literatura*.

20 Vid. Entrevista exclusiva a Raquel Olea en *Palabra Pública*.

21 “Entonces para mí fue la vida privada la que me mostró un modo de ser mujer exigido socialmente, porque sí, los hombres chilenos, y sobre todo los intelectuales, tienen un machismo egocéntrico del que me fui enterando y desilusionando mucho. Para mí, los hijos eran prioritarios, pero viví todo eso en mucha soledad; yo siempre crie a mis hijos en la casa, no los puse en guarderías, sino que con otras compañeras y amigas de universidad hicimos guarderías privadas, de siete niños, que nos turnábamos para cuidar. Organizar toda esa vida con los estudios de doctorado fue exigente, muchas veces estuve a punto de dejarlo, muchas veces me sentí agobiada, sentía como que nada resultaba según mis expectativas. No me resultaba ni la maternidad ni el trabajo intelectual. Esa experiencia personal fue fuerte. Participar con

discursivo y programa intelectual, sino solo a su regreso a Chile. Un feminismo que ella misma reconoce antes en la experiencia que en la teoría y que elabora, comprende y ejecuta una vez resuelto su retorno. Este, por otra parte, no podría haber funcionado del modo virtuoso en que lo hizo de no haber sido también por esa red comunitaria, como ella insiste, solidaria que constituyó en grupos de lectura, y sobre todo con la amistad con Olga Grau.²² Esa red no solo la apoyará en el complejo periplo de vuelta, sino que se convertirá en el espacio que sostendrá un proyecto colectivo²³ que la autora no reconoce haber planificado a priori. Se trata, nada más y nada menos, del de la fundación de un nuevo campo (contrahegemónico en ese momento), el de los estudios literarios feministas en Chile. En este sentido, es a partir de esas experiencias concretas en el destierro y la extranjería, que se equipará del arsenal vital necesario, de las preguntas, que posteriormente, y a través de la lectura de/con mujeres en Chile –en La Morada–, la llevarán a escribir un texto fundacional como *Lengua Víbora*.²⁴

Para concluir. Se vuelve necesario y también imprescindible agradecer la oportunidad y el espacio para poder reflexionar, a partir de esta conmemoración de los 50 años del golpe civil-militar, sobre el proyecto de un grupo diverso de mujeres cuyas vidas y experiencias intelectuales se vieron fuertemente intervenidas por el golpe de estado civil-militar y lo que sobrevino. Resulta importante hoy volver a mirar y pensar esos procesos, puesto que definen de manera importante la configuración de nuestro campo cultural hoy. Por otra parte es una instancia para

otras mujeres que tenían experiencias parecidas fue importante, formamos grupos de mujeres exiliadas chilenas, reflexionábamos sobre estos temas y también colaborábamos juntando dinero para mandarlo a organizaciones de mujeres chilenas acá. En eso participé bastante e intentamos hacer grupos de lectura, etcétera, pero yo te diría que mi acercamiento personal al feminismo primero pasó por esta mezcla de la experiencia de vida y la literatura” (Raquel Olea, Entrevista publicada en *Palabra pública*).

22 Esta amistad habría sido clave en la experiencia del retorno y en la consecución posterior del proyecto intelectual de Olea. Olga Grau, quien también habría estado en Alemania y con quién habría tenido bastantes contactos, habría vuelto antes que ella y la habría acogido en el regreso. Grau, fundadora de La Morada, habría sido quien le habría extendido la invitación a esta comunidad que, como reconoce en la entrevista, habría sido el espacio donde su feminismo habría encontrado cauce y lengua.

23 Se hace necesario indicar y aclarar que ese proyecto de la configuración del campo de los estudios literarios feministas, se constituye como un proceso en el que participan varias voces autorizadas por distintas trayectorias académicas e investigativas. Los aportes de Kemy Oyarzún (*La Poética del Desengaño*) y del grupo de escritoras y críticas que publican *Escribir en los bordes*, serán fundamentales, por ejemplo, para la demarcación de un área de estudios y un corpus específico.

24 Raquel Olea, sin embargo, piensa que el texto inaugural de su proyecto de crítica literaria feminista o el que lo abre, es uno que escribió sobre *Por la Patria* de Diamela Eltit en los talleres de preparación del Congreso de Literatura femenina de 1987.

volver a señalar que, a pesar de lo ‘normal’ que pueda parecer la presencia de estas importantes y lúcidas estudiosas de la literatura en nuestros días, la realidad es que “la práctica extendida, sistemática y profesionalizada del análisis y la crítica literaria académica hecha por mujeres, no habría tenido un espacio formal/oficial sino hasta los últimos años de la década del setenta, e incluso, puede [debatirse] aseverarse a partir de la reflexión escrita que aquí ofrecemos, si no se hubiera desarrollado fuera de las fronteras nacionales, en el exilio” (Pistacchio 231).

Quisiéramos cerrar este escrito citando las palabras de nuestras críticas,²⁵ pues son ellas mejor que nadie, quienes pueden y deben recordarnos que a 50 años del golpe, y a pesar de todo, de todo lo que a algunos puede parecer un dividendo, ningún exilio, nunca ni en ninguna circunstancia, es admisible:

para mí el exilio es un castigo de la dictadura, pero también es un “estado”, una vivencia que se ha considerado poco a nivel nacional, digamos que como las tantas cosas y asuntos que se quieren olvidar, para no enfrentar lo que fue la dictadura y la postdictadura. Por algo hubo revuelta, no es en vano. Entonces, la memoria, es muy fundamental y siempre ha sido fundamental, yo siempre pienso, también, en lo que uno es. Uno es con memoria [...] (Soledad Bianchi, 2022).

La profundización de esas preguntas y otras, me llevo a la teoría feminista, a la búsqueda de pensamiento feminista orientado culturalmente. Quizás en Alemania tuve una transformación surgida de la intuición y la experiencia sensible de esas problemáticas, pero no las desarrollé teóricamente. Yo empecé mi camino recto tarde, a mi vuelta, antes había sido más la política, el golpe que trastocó todos los proyectos políticos de cambio, tenía 40 años. Llegué a Chile a trabajar a un colegio y trabajé como profesora cinco años. Mi matrimonio se había terminado, tenía que recuperar una armonía para mí y mis hijos (Raquel Olea, 2022).

25 Me gustaría poder evitar el apropiarme de estos nombres a través del posesivo, que, además, en ocasiones, pareciese apoderarse de ese otro paternalista o asistencialmente. Por ello aclaro que lo utilizo, primero, en un gesto de agradecimiento personal y afectuoso a Soledad y Raquel, quienes se arriesgan y exponen -confiadamente- cada vez que exhibo sus entrevistas y comento o analizo sus dichos, textos, sus vidas. En segundo lugar, en un gesto de orgullo y admiración, pues, luego de todo lo oído, leído, conversado y pensado, no cabe duda de que Bianchi y Olea son un patrimonio vivo de nuestro campo, que han abierto muchas puertas y nos han donado reflexiones e ideas tan importantes y lúcidas que aún, si quiera, podemos ponderar.

Obras citadas

- Bianchi, Soledad. “Viajes de ida y vuelta: poetas chilenos en Europa (Un panorama)”. *Libro de Lectura(s). Poesías, poetas, poéticas*. USACH, 2013: 141-166.
- Carreño, Rubí. “El exilio de la crítica chilena: Aportes para una nueva agenda literaria”. *Anales de Literatura Chilena*, vol. 10, no. 12, Diciembre 2009: 129-144.
- Cabello-Hutt, Claudia. “Redes Queer. Escritoras, artistas y mecenas en la primera mitad del siglo XX”. *Cuadernos de Literatura*, vol. XXI, no. 42, Julio–Diciembre 2017.
- Contreras, Joseph, Lebuy. “Soledad Bianchi y la polifonía del campo cultural”. Entrevista en Letras en línea, Dossier Jornadas de Alta tensión, UAH. Diciembre, 2019.
- De Beauvoir, Simone. *El Segundo Sexo*. Debolsillo, 2017.
- Doll, Darcie. “La crítica literaria de mujeres en Chile: las precursoras y las contradicciones frente a la literatura nacional.” *Género y memoria de América Latina*. Eds. Gloria Hintze y María Antonia Zandael. Mendoza: Centro de Estudios Transandinos y Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo, 2007: 67-68.
- Franco, Marina. “El exilio como espacio de transformaciones de género”. *De minifaldas, militancias y revoluciones*. Luxemburg, 2009.
- Montero, Claudia. “Figuras femeninas en el campo intelectual del Chile de la modernización”. *Palimpsesto*, 7(11), 038-054
- Nómez, Naím. “Exilio e Insilio: representaciones políticas y sujetos escindidos en la poesía chilena de los setenta”. *Revista Chilena de Literatura*, no. 76, 2010, URL: <https://revistaliteratura.uchile.cl/index.php/RCL/article/view/1132/1004>.
- Oñate, Wright, et al. *Exilio y retorno*. LOM, 2005.
- Pistacchio, Romina. “La Aporía Descolonial”. *Iberoamericana* 2018.
- . “Cartografía de una intromisión imprescindible”. *Revista Aisthesis*, no. 76, 2023, URL: <https://revistaaisthesis.uc.cl/index.php/RAIT/article/view/50205>.
- . “Construcción del lugar de enunciación e intervención transformadora del campo de la crítica y de los estudios literarios en Chile. Soledad Bianchi: Mapear la heterogeneidad de las escrituras chilenas”. Inédita.

- Pratt, Mary Louise. *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México: F.C.E, 2010.
- Rebolledo, Loreto. “Mujeres Exiliadas. Con Chile en la memoria”. *Revista Cyber Humanitatis*, no.19, 2001.
- Sarlo, Beatriz. *Una modernidad periférica*. Buenos Aires 1920 y 1930. Argentina: Siglo XXI Editores, 1988.
- Subercaseaux, Bernardo. “Política y Cultura”. *Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile V*. Santiago: Editorial Universitaria, 1997.
- Traverso, Ana. “Ser mujer y escribir en Chile: canon, crítica y concepciones de género”. FONDECYT: Tradición literaria y profesionalización en la escritura de mujeres. Visitado en 2019. Web.
- Williams, Raymon. *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península, 2000.
- Zamorano, César. “‘Un millón de chilenos’: testimonios del exilio en la revista araucaria de Chile”. *Revista Universum*, no. 36, 2021, URL: https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-23762021000100109&script=sci_abstract.